

Emiliete no tomó las lecciones de su padre porque estaba vivo y el hijo no empieza a ser como su padre hasta que aquel muere. Mientras vive, el hijo se va formando en la oposición, como los gobernantes de la política y hay que saberlo y dejarlo, como nos enseñó el profundo saber de Ezequiel Ortega, el Alcalde del Conde en muchas legislaturas. D. Magdaleno hablaba de una opinión eminente que ahora no logro personalizar, emitida en circunstancias apuradas de fracaso clínico, en las que el maestro terció con una pregunta:

—¿Han probado ustedes a no hacer nada?

Junto a Emilio está Fernando Illescas y detrás, muy en actitud de playeras, tocando la guitarra, Eduardo el Sacristán.

Los cazadores muestran las escopetas, pero llevaban cazado y de lo que pudiera abatirse había la seguridad de un buen condimento a mano de D. César que se daba arte.

En la segunda fotografía hecha en la huerta de D. Leopoldo en una de tantas cuchipan-

das, están los mismos empleados de la primera y Giordano, más el Alcalde, con varios concejales alcaldales.

Están Alfredo Vasserot, Crescencio Barrilero, Mariano Mocho, D. Mariano Martínez, Andrés Escudero, Fernando Illescas, D. Luis Cepeda, Emilio Ortega, Giordano Paniagua, Eduardo Flores, Carlos Gómez, Lope Barco y José María Gómez, que se ha atrevido a quitarse la chaqueta, como Emiliete, su contrincante siempre, pero los demás están bien vestidos y abrochados, incluso con guardapolvo encima de la chaqueta tres de ellos, con gorra Vasserot y D. Mariano con sombrero, aunque conservó su pelo íntegro hasta la muerte.



## SUCEDIDOS

En una casa de pocos haberes y muchos hijos tenían una cabra para ayudar a la crianza.

El hombre se solía pimplar y llegó tan empapado una noche que no pudo subir a la cama y se cayó en el peludo.

El chico llorando y la mujer clamando:

—¡Pero hombre, por Dios, trae la lechel!

—¡Si, para ordeñar cabras estoy yo!

Petronilo el zapatero iba a Tembleque a por la suela en un borrico que tenía y cuando ya era viejo se le murió el borrico y tuvo que ir andando y al salir hacia el pueblo iba diciendo: yo creo que me ha engañado y no me ha puesto los cuatro kilos que le he pagado. Cuando llegó al Altillo ya le parecía el peso más equilibrado y que estaba bien, pero al cruzar la vía le acometió la duda de que le hubiera dado de más y al llegar a su casa le dice a la Ignacia:

—Yo creo que este hombre me ha dado lo menos ocho kilos y que debemos pesarlo y devolverle lo que haya de más.

A muchos convecinos les ha quedado el refranillo de la suela cuando se les hacen pesadas las cosas que a lo primero eran llevaderas.